

Algunas ideas sobre “Chatterton” de Elena Medel

Antonio J. Quesada

Con “Chatterton” (Visor, 2014), obtuvo Elena Medel (Córdoba, 1985) el XXVI Premio Fundación Loewe a la Creación Joven. Este sugerente trabajo será objeto de algunas breves reflexiones por nuestra parte, en el presente texto.

Antes de nuestra personal lectura de este bello libro de versos debemos recordar que Elena Medel, prometedora creadora que ya ganara el Premio Andalucía Joven 2001 con “Mi



primer bikini” (DVD, 2002; interesante exploración de la adolescencia con la ayuda del simbolismo y del surrealismo, fundiendo el culturalismo con otras estéticas postnovísimas en una voz extraordinariamente propia), ha publicado también otros trabajos poéticos como “Vacaciones” (El Gaviero, 2004), “Tara” (DVD, 2006; sugerente trabajo en el que el poeta afronta la pérdida de alguien cercano desde una óptica muy personal) o el cuaderno “Un soplo en el corazón” (4 de agosto, 2007). Además, entre otros libros, ha publicado relatos en *Calle 20*, *Eñe* o la antología *Cuentos eróticos de San Valentín* (Tusquets, 2007), ha sido traducida a otras lenguas (árabe, inglés, italiano o portugués, entre otras) y sus poemas aparecen en numerosas y prestigiosas antologías.

Elena una de las coordinadoras de las actividades de agitación cultural de La Bella Varsovia, y Túa Blesa ha destacado, en “El Cultural”, que “la voz de Elena Medel surge de una escucha del mundo, de las cosas, del yo y de los otros, de la realidad al tiempo que de la lectura de la poesía, al fin uno de sus correlatos. No cabe duda, es una poeta de alto valor”. Su poesía reunida (o toda la poesía que Elena ha deseado rescatar...) ha sido publicada por Visor (2015) y lleva el aragoniano título de “Un día negro en una casa de mentira (1998-2014)”.

Quizá, en sus versos, Elena pretende quebrar la vida para que asome la belleza y disfrutar siempre trabajando con el lenguaje. Sus referentes creativos se han ido ampliando con el paso del tiempo, algo esencial en una artista tan joven (quizás porque vivir-leer-sentir-crear no deja de ser eso: evolucionar en todos los sentidos), y aparecen perfectamente sedimentados tras una voz propia y poderosamente creativa. Madurar. ¡Ay, madurar!: “Madurar / era esto: / no caer al suelo, chocar contra el suelo, contemplar el pudrirse de la piel / igual que un fruto antiguo” (comentará Elena por alguna parte de “Chatterton”; en concreto, en “Estamos realizando obras en el exterior. No utilizar esta puerta excepto en caso de emergencia”).

En “Chatterton” encuentro algo que, como lector, me apasiona: poesía de lo cotidiano con gran musculatura poética. Lo cotidiano es todo eso que tenemos más cerca, no cabe duda, pero si logramos dotarlo de armonía creativa, gracias a la varita mágica de un verdadero poeta, nuestro entorno será más sugerente. Como menos gris. Grandes voces lo hicieron antes con gran solvencia, como Nicanor Parra o Mario Benedetti; también otros hablaron de la importancia de la experiencia para fabricar poesía, y hoy día bastantes otros creadores se nutren de estas experiencias para componer excelentes textos (me viene a la mente mi querida María-Eloy García, por ejemplo). Elena hace esto y lo hace muy bien: así, para comprobarlo no hay más que acercarse a la mayoría de títulos de los poemas del libro, o ser consciente de que, por ejemplo, una maceta de hortensias en nuestra terraza puede dar para mucho (al menos, para ascenso, pulgón y caída): eran tiempos en que “La vida costaba / dieciocho euros y no había / nada que temer” (“Maceta de hortensias en nuestra terraza: ascenso”).

La poeta es una mujer de su tiempo y lugar, y no cabe duda de que pisa la calle: cuando se tercia toma el metro (“Calle Misterios”) y también el autobús (“Los mortales se nutren de trabajo y salario”), e incluso corrige este último poema “en autobuses baratos”. En ellos incluso encuentra a gente, porque un autobús o un metro no son un taxi (al menos, entendido en el sentido europeo de la expresión, no caribeño): “A Virginia, madre de dos hijos, compañera de Primaria de la autora” (“ocupáis tres asientos frente a mí en el autobús”). La poeta, además, arriesga, quizá sabedora de que un creador debe asomarse al abismo, que es parte de su trabajo: llega a hacer autoestop y se “precipitaba a coches de desconocidos” (“Mensaje a los autoestopistas”).

Medios de transporte que nos hacen salir de la periferia de la ciudad o, quizá, incluso, de la periferia de la vida, que puede ser parecida (todas las periferias la periferia). En el poema “A Virginia, madre de dos hijos, compañera de Primaria de la autora”, se alude expresamente al “autobús destartalado que nos salva del barrio periférico y nos acerca / al centro, lejos de los bancos en los que los adolescentes beben y las noches golpean los jardines”. A ese centro que no deja de serlo “de nuestra localidad minúscula” pero que, como todo centro, tiene siempre otro tono.

Un tono como más suave, más pulido, más angelical, incluso. Y no es inapropiada la mención a lo angelical, pues tampoco faltan los ángeles en el texto: en “Una plegaria por las mujeres solteras” realiza Elena un completo inventario de ángeles posibilistas (ángel de los pisos de soltero, ángel de las solteras, ángel del sexo, ángel del suelo sin barrer / de los pisos de soltero, / ángel de las solteras / que pasean desnudas por los pisos de soltero”, “ángel del frigorífico vacío / de los pisos de soltero, / de las solteras que se conforman / y desayunarán solas, más tarde”. Poesía y ángeles siempre han estado muy conectados. Sin darle excesivas vueltas, simplemente tirando del fondo de armario más cercano, es inevitable que venga a la mente Alberti y su libro “Sobre los ángeles”, o “Donde habite el olvido”, donde el Maestro Cernuda dedicaba gran atención a “su arcángel” (un arcángel fieramente humano, todo sea dicho) y, ya que lo invoco, no puedo olvidar a Blas de Otero y su “Ángel fieramente humano”. A modo de ejemplo, sin pretensiones de exhaustividad, eso que solemos apuntar cada vez que, en el fondo, tenemos pretensiones de exhaustividad. En esa línea, la poeta nos conecta con los ángeles, y no nos importe que todo esto pueda ser mentira: el poeta es un fingidor, lo sabemos desde hace mucho (y pronunciamos esta aseveración con acento portugués). Y la poeta también lo sabe, y lo manifiesta de modo evidente en el poema que da título al libro. “Chatterton” o la mentira: “Mentí durante diecisiete años. Mentí después / en todos mis poemas. He mentido durante los diez / años siguientes. Acércate, soy / como tú”. Miénteme, poeta. Pero dame verdades creativas. Sí.

Podría escribirse mucho más y, seguramente, mucho mejor sobre “Chatterton”, pero como quien firma estas líneas es un servidor, el abajofirmante ha querido detenerse en aquello que más le ha llamado la atención, como lector interesado y apasionado con el texto. Además, el abajofirmante da para lo que da, no puede negarlo. En todo caso, la mezcla de desenfado, rigor, juventud, madurez, culturalismo (véase, por ejemplo, “Un cuervo en la ventana de Raymond Carver”), creatividad y buen hacer hacen de los trabajos de Elena Medel, y de “Chatterton”, que es el que me ocupa hoy, obras que garantizan excelentes momentos creativos al lector.

No siempre se puede pregonar eso de todo libro de poemas. Elena Medel: una voz insustituible que merece la pena.